

Juan Fierro

**CUENTOS DE LA MEMORIA
2007
PROEMIO**

Los cuentos incluidos en este compendio han sido vestidos con palabras surgidas de la imaginación del autor.

Alguno de ellos tienen un sustento de realidad, de lugares o de personas. Han sido vistos, escuchados o directamente protagonizados.

Nadie debe ni sentirse identificado. Esa no ha sido la intención ni el objetivo de cada cuento. Si ello ocurre, las disculpas están presentadas ya, en este acto

Se ha buscado, simplemente, recrear fantasiosamente mediante imaginación y algo de picardía estereotipos que marcan conductas, conocimientos e ignorancias.

Todos juntos pueden llegar a servir para mostrar un trayecto de vida, una experiencia vivida, un dolor todavía presente o una sonrisa a compartir.

Si alguno de ellos se toma como vivencia propia o contribuye a un cambio, el esfuerzo estará ampliamente compensado.

Buenos Aires, Julio de 2007

Juan Fierro

INDICE

EL CONEJO MASCOTA	¡SEÑORA! SE CASAN LAS PLANTAS
EL LOCO	EL INSPECTOR
LA COCINERA	EL SECRETARIO DE TRANSPORTE
EL DOCTOR	EL ADMINISTRADOR
JUSTICIA PARA LA MUCAMA	¿Y SI PONÉS UNA PIZZERÍA?
LA CAJA DEL PERRO	EL PRIMER VIOLÍN

EL CONEJO MASCOTA

Un día de diciembre de 1998 el Ejército decidió que el Coronel fuese de pase a una guarnición del interior del país.

Hizo un primer viaje, solo, para explorar un poco dónde le tocaría vivir por lo menos un par de años, ver los colegios posibles para sus hijos, reconocer la casa que el Ejército le asignó en el barrio de oficiales superiores, los clubes y todos los detalles correspondientes a una nueva vida en el interior del país.

Lleno de alegría por el éxito de su viaje de reconocimiento retornó a buscar a su familia; esposa, dos hijos, mucama y Sultán un magnifico ejemplar de ovejero alemán.

Con el entusiasmo lógico en estas circunstancias que implicaban alejarse de la gran ciudad recuperando vida familiar y social, comenzaron los preparativos para la gran mudanza.

Llegado el día de la misma, el Coronel aprovechó los últimos minutos antes de la partida para reunir a toda la familia y hacer una advertencia trascendente para su carrera militar.

Así, todos ellos se enteraron que habitarían el chalet N° 2 del barrio de oficiales superiores, que el N° 1 está ocupado por el General jefe de la guarnición que tiene dos hijos en la Universidad y que la mujer del General tiene como mascota a un hermoso conejo blanco, con cinta roja en el cuello y que, como no existen los cercos entre ambos chalets el conejo de la mujer del General deambula libremente por los parques y que de ninguna manera quería que Sultán lastimase al conejo porque en ello le iba el ascenso al grado inmediato superior.

Advertidos todos del hecho, la mudanza se realizó a las mil maravillas.

El Coronel y su familia se instalaron en el chalet N° 2 antes de las fiestas, celebraron en paz y felicidad las navidades y el año nuevo, disfrutaron el receso estival, recibieron familiares, se acomodaron a las nuevas condiciones de vida y todo iba como sobre ruedas, excepto que, cuando Sultán estaba libre alguien siempre tenía un ojo sobre él, no sea cosa que el diablo meta la cola y se

crucen los caminos del conejo de la mujer del General con el perro del Coronel, con desastrosos resultados para el acariciado ascenso de aquí a dos años.

Llegó marzo y con él toda la actividad. Los hijos del Coronel se adecuaron rápidamente a sus nuevos colegios, la mujer se integró perfectamente con el resto de las Señoras del barrio de Oficiales Superiores de forma tal que la vida transcurría fluidamente sin grandes sobresaltos. Sultán siempre bajo la atenta mirada de alguien para evitar la catástrofe tan temida.

Un día de Mayo, en que el Coronel estaba de reunión con sus oficiales subordinados, organizando los festejos que tendrían lugar en el cuartel, el suboficial a cargo de la ayudantía del Coronel recibe un llamado de la mujer del Coronel quien le pide la ponga, de inmediato, en contacto con su marido.

El suboficial, con todos los reparos del caso interrumpe la reunión y la avisa al Coronel del llamado de su esposa. Naturalmente recibe el esperado “estoy ocupado, que no me moleste ahora”.

Con toda la prudencia que es de imaginar, el pobre suboficial le transmite la respuesta a la mujer del Coronel quien, en lugar de acceder a llamar más tarde, imperativamente le dice “dígame ya que es un tema relacionado con Sultán”

Azorado y temeroso, irrumpe nuevamente en la sala de reuniones y, a pesar de la severa mirada del Coronel se acerca y en voz muy baja le repite lo que le dijo la mujer del Coronel.

Este, al escucharlo, palidece, pide perdón y sale como tromba de la sala de reuniones, toma el teléfono y truena ¿qué pasó?

Recibe la tan temida respuesta “Sultán trajo al conejo en la boca, muerto y sucio”. El Coronel sólo atinó a decir “hacé algo” y regresó demudado a la reunión.

La mujer del Coronel, ducha en sobrellevar situaciones generadas por la vida militar, toma el conejo, lo lava con agua caliente y shampoo y lo seca con un secador de cabellos de forma tal que el conejo muerto se transforma en un pompón de sedoso pelo blanco.

Agua, detergente y plancha hacen maravillas con la cinta roja que vuelve inmaculada al cuello del conejo cadáver.

Acto seguido y con mejor táctica que su marido el Coronel, corta de su jardín unas espectaculares rosas rojas, arma un ramo y manda a uno de sus hijos a llevarle las rosas a la mujer del General, simplemente para estar segura que la mujer del General estará ocupada en la puerta de entrada y lejos del parque, feudo de su conejo.

Cuando percibe a lo lejos los diálogos de su hijo con la mujer del General, rápida como un rayo, cruza el límite entre su casa y la del General, coloca al reluciente conejo muerto en su conejera y retorna tan rápido como puede a su casa.

Llama a su marido, el Coronel y le deja dicho que se quede tranquilo, que todo está arreglado.

Cuando este regresa, le cuenta lo que hizo y, entre ambos deciden eludir por todos los medios a la mujer del General, para evitar cualquier tipo de explicación que nunca sería totalmente satisfactoria.

Así las cosas, transcurre el tiempo sin novedades, el General no demuestra nada ni hace ningún comentario acerca del conejo y del perro del Coronel y parece que las cosas se van aquietando paulatinamente, con gran alivio para Coronel y su familia que, por supuesto continúan evitando todo contacto con la mujer del General.

Pero en la vida no todo es sencillo. Un sábado en que el Coronel y su mujer estaban haciendo las compras semanales en un supermercado, al doblar por el extremo de una góndola quedan enfrentados, chango contra chango, con la mujer del General. El Coronel queda semiparalizado y sin capacidad para articular palabra. Lo mismo ocurre con su mujer que sólo logra articular un tímido “como estás querida”.

La mujer del General, muy demacrada, flaca y como venida menos, esboza una sonrisa y les dice “no saben lo que me pasó. Estoy en tratamiento psicológico y no logro salir del estado de angustia en que me encuentro” y para asombro del Coronel y su mujer agrega “Se me murió el conejo, lo enterré y volví limpio y perfumado a la conejera”

EL LOCO

Un sábado de fines de otoño, cuando la penumbra del atardecer va cubriendo la llanura, con una fina y persistente garúa que hace brillar con infinitos puntos a las hojas de los árboles que rodean la casa, embarra los caminos transformándolos en pastosos y resbaladizos andariveles, vuelve insoportables a los perros que con sus patas embarran todo lugar que pisan, y las mujeres

charlan o juegan a las cartas entre ellas, la melancolía o tal vez el aburrimiento me urgieron encontrar alguna excusa para salir y alejarme, a pesar de la hora y el tiempo.

La mejor entre todas ellas es ser solícito y preguntar si hace falta algo que haya que conseguir en el lejano pueblo, cosa que se logra, simplemente preguntando ¿hace falta algo?

La respuesta segura llegó rápida ¿vas a salir con este tiempo? Con la misma velocidad respondí ¿y por qué no?

Percatándose que las compras eran nada más que una excusa para salir, de inmediato supe lo que hacía falta para esa noche y para mañana, domingo. Y de inmediato vino la otra pregunta ¿cómo vas a ir? Mirá que el auto patina y no quiero salir de noche a llevarte una cuarta.

Le dije que no se preocupara, que Rudesindo ya había soltado los caballos pero que, para ir y venir hasta el pueblo, el nochero andaría lo más bien.

Contento por haber encontrado algo que hacer, ensillé al nochero, un lobuno de buena estampa llamado Río por la similitud del color de su pelaje con el del barroso río que corre por las cercanías del pueblo, me puse el encerado para no mojarme con la garúa y al trote corto salí para el pueblo, tranquilo porque Río sabe bien el camino de vuelta cosa siempre muy útil cuando se va al pueblo...

Al rato llegué al Almacén y Despacho de Bebidas Elhubieradehaberhabido, até a Río al caño galvanizado que opera como palenque, y entré quitándome el encerado con el consabido “Buenas Tardes...”

El coro de parroquianos me devolvió el saludo y el patrón, parapetado tras el mostrador, me espetó un “se animó a esta hora y con este tiempo”. Le contesté que no era hora de discutir edades ni habilidades porque podía salir perdiendo y acto seguido me corrí hacia la derecha, zona de almacén, zona donde podía pedir el fiambre, las latas de conserva, fideos, arroz y otras cosas que me habían pedido llevarse a la Casa.

Empezamos con los fiambres y el patrón, mientras hacía girar la rueda de la cortadora para armar una pila de doscientos gramos de fetas de jamón crudo, me pregunta si sabía que el Dr. (un importante doble apellido) prestigioso abogado había muerto. Asombrado dije ¿Quién? ¿El del campo lindero al de los Ibarzola, con un costado sobre el río?

Inmediatamente me confirmó que sí, que se trataba del Dr. del doble apellido y que su tránsito hacia la otra vida no había sido nada sencillo.

Pensando en una de esas perversas enfermedades que degradan el cuerpo y le quitan fuerza al alma para que haga que la voluntad se niegue a aceptarlas, ganándoles la partida, pregunté qué había tenido.

Como ¿no se enteró? Claro Ud. no viene a menudo y cuando viene se queda en su campo... fue el reproche que obtuve como respuesta.

Picado en mi amor propio, porque soy tanto o más del pueblo que el dueño del Elhubieradehaberhabido, es más, conocí al dueño anterior a él y supe jugar y salir a cazar y pescar con sus hijos, así que, sin demostrar nada dije ¿Y qué tuvo el hombre?

Se volvió loco, pero loco, loco. A la noche, en especial si había tormenta salía al campo y corría invocando al Creador o al maligno, según se le diese. Se sacaba la ropa y se lastimaba hasta que el capataz lo agarraba y lo metía adentro. La familia – Ud. sabe que el Dr. era soltero- lo puso en una casa para locos, pero no había caso. Como cuando no le daba la locura era normal y, además tenía plata, salía a la misma velocidad que había entrado.

Yo lo sabía muy bien porque el Dr. de marras fue hasta donde yo supe un verdadero playboy. Simpático, mujeriego, buen jugador de polo, mejor bailarín, conocedor de todos los boliches de moda, ropa desalineada pero llevada con innegable clase y, por sobre todo, jugosos juicios –era muy buen abogado- campos y ganado que le daban los medios para llevar la vida que había elegido.

Continuó el patrón diciéndome que los ataques de locura fueron cada vez más frecuentes, hasta el punto que en cierto momento desaparecieron los lapsos de cordura y allí sí, allí se abandonó, el deterioro se hizo cada vez más grande y, al final, murió loco

Con una especie de suspiro de resignación dije “Quien lo hubiese dicho. Muerto loco de atar el Dr.”

Uno de los paisanos que estaba a la izquierda de la entrada, zona del despacho de bebidas, acodado en el mostrador con su panza hacia adelante y sus dos codos hacia atrás calzados en el estaño, la frente a dos colores; blanca totalmente hacia el cráneo y colorada hacia abajo, resultado de años de andar al aire libre con boina calzada hasta la mitad de la frente, dijo con voz algo aguardentosa “Yo sabía que se iba a volver loco”

Se hizo un profundo silencio. Todos fijaron la mirada en el que había hablado hasta que no pude más y le dije ¿Y vos cómo lo sabías?

Vea patrón, hace dos años me anduvo buscando para que le pare un alambrado. Lo hice y cuando le pedí que me diese la plata que habíamos acordado me dijo “venite a mi oficina del centro que te pago en cuanto llegás o esperás hasta que vuelva de un viaje”

Como andaba corto de moneda un día me tomé el tren de las ocho y media y llegué a la capital a eso de las dos y media de la tarde, hambreado y mareado de tanta gente apretujada y me fui despacito para los tribunales, donde el Dr. me dijo que tenía su oficina.

Vea patrón, hasta chapa de bronce tenía en la puerta con todito su nombre completo. Apreté un botón que estaba cerca de la chapa y una voz extraña me preguntó ¿quien es?: Me dio vergüenza hablar solo al aire pero tomé coraje y le di mi nombre y le dije también a qué venía. Sonó una chicharra y la voz extraña me dijo “empuje y entre”.

¡Madre mía!, empujé y la puerta se abrió sola y ahí me quedé sin saber qué hacer, hasta que un pueblerino con botones plateados me dijo ¿a quien busca Ud.? Le dije “al Dr.” y me dijo “suba al tercer piso, el ascensor está allí”

Me volvió a dar vergüenza decirle al pueblerino que prefería subir por la escalera, así es que me fui al bendito ascensor. El pueblerino de botones plateados me abrió las puertas, esperó a tenerme adentro, y las cerró. Me quedé solo en la trampa, envuelto en latas sin saber qué hacer hasta que vi unos botones rojos con un número en cada uno. Me animé y apreté el que tenía un número tres escrito en blanco y entonces el maldito aparato empezó a moverse para arriba sin hacer ningún ruido, hasta que se paró. Como nadie me abrió las puertas, esperé un rato y me le animé a las manijas y logré abrir las puertas, jurando que a la salida bajaría por la escalera.

¡Viera la chapa de bronce que había en el tercer piso! El nombre del Dr. estaba grabado en letras negras y mas abajo decía todas las cosas que era y hacía. A través de un vidrio me vió una preciosura de mujer y, por no se donde salió su voz diciendo ¿Ud. es el que viene a ver al Dr. por un cobro? “Sí” dije al aire y ahí nomás sonó otra chicharra y la preciosura me dijo, no sé por dónde “empuje y entre”. Empujé un vidrio con manija, que se abrió y entré. De una puerta de más atrás salió el Dr. con una gran sonrisa y me dijo “venite para acá que ya te pago”

Para allá me fui siguiéndolo hasta su oficina y apenas entré me dijo “este se va volver loco pronto”

De nuevo el silencio de todos hasta que yo nuevamente tuve que romperlo diciendo ¿pero por qué?

¿Por qué? Porque tenía dos piezas con libros, ¡Cómo no se va volver loco alguien con dos piezas con libros!

LA COCINERA

El pueblo es como todos los pueblos de la llanura. Una plaza central de cuatro hectáreas, San Martín en su centro, la iglesia y el banco de la provincia en uno de los lados, la municipalidad, perdón, el Palacio Municipal del otro, en el tercero el cine y al lado de él la asociación de productores rurales de la zona, con restaurante incluido y tal vez sala de juegos –no se sabe oficialmente- y en el cuarto y en los lugares no ocupados por ese tipo de edificios, las tiendas de los turcos más ricos, las confiterías de los gallegos, alguna concesionaria de tractores, otra de automóviles, la heladería, los tres abogados del lugar, el médico más viejo, el dentista y, por supuesto la escribanía que registra todos los movimientos de compra venta del lugar. Las viviendas de los más viejos del lugar, la aristocracia lugareña, completan el cuadrado externo a la plaza.

Un poco más allá, en la calle del Palacio, para el sur, está la comisaría y el local de los bomberos voluntarios. En la calle de la iglesia, al fondo, lejos del centro, está el cementerio y a mitad de camino, las únicas pompas fúnebres existentes allí y en los alrededores.

En la calle del cine, al fondo está la estación de trenes con una gran playa para carga y descarga de productos, con silos, corrales, balanza y todo lo que hace falta para sacar la producción de la zona y entrar lo que los “mercancías” solían llevar detrás de una bufante máquina de vapor.

Por ese rumbo también está la pomposamente llamada Terminal, tres baldíos juntos con un tinglado y dos quioscos donde llegan y salen destartados colectivos que van y vienen hacia y desde los pueblos vecinos, más o menos parecidos a este.

Por el mismo rumbo, pero para el otro lado y como a dos kilómetros, está la ruta que todavía no logró desplazar al pueblo aunque los paradores allí existentes alardean de modernidad y son, por supuesto un gran atractivo para los pobladores que ya no tienen más el tren de pasajeros de todos los días.

El resto del damero está ocupado por viviendas particulares, ferreterías, talabarterías, panaderías, casas de venta de artículos para el hogar, tiendas, fábricas de pasta y la legión de comercios necesarios para la vida de un pueblo bastante pujante.

Entre esos comercios hay, por supuesto, fondas o locales de comida a los que concurren los viejos habitantes del pueblo los sábados a la noche, los viajeros, los ejecutivos de alguna fábrica recién instalada en la zona y algún ocasional viajero hambriento.

Uno de estos, quizá el más viejo de todos, tiene como mayor virtud parecerse inmutablemente a sí mismo a lo largo del tiempo. Dió de comer a padres con sus hijos, dio de comer a los hijos con sus novias o novios luego los alimentó casados y con hijos chicos y ahora sigue dándoles de comer cuando ya los hijos chicos se han hecho grandes y no vienen más, por ahora.

Tres personas componen desde siempre la dotación del lugar. Hugo, el dueño, Carlitos, el mozo y doña María la cocinera. La relación entre Hugo y Carlitos, solteros ambos y con mucha diferencia de edad, despierta sospechas pero, como nunca nadie vió nada, nada se dice.

El invariable menú esta compuesto, desde la inauguración del local por arrollado de jamón o de atún, lengua a la vinagreta y empanadas fritas. El plato principal puede ser milanesa de pollo o de ternera, con o sin papas fritas y/o huevos fritos, tallarines caseros o raviolos caseros con tuco o manteca, algunos días, ñoquis, carne al horno con papas y el infaltable bife de costilla al carbón con ensalada. Postre, ensalada de frutas, budín de pan, algún helado y parar de contar. Todo hecho allí, todo limpio y todo muy bueno.

Hugo está siempre ubicado detrás del mostrador, haciendo jeroglíficos en papeles que sería demasiado llamar boletas y se ocupa de arrimar vino a las mesas que lo solicitan. Por supuesto conoce a todos sus comensales y los saluda por su nombre y se entera de cómo le va a cada uno con sus cosas, Carlitos trajina entre las mesas, registra de memoria los pedidos y se burla de Hugo con expresiones del tipo “está tan viejo que se le cayó el sistema” o “Si no deja el pucho, el pucho lo deja a él” y cosas por el estilo que Hugo, por supuesto escucha y tolera.

Doña María es otra historia. No suele dejarse ver en el salón comedor. Los clientes habituales, los que pasan a la cocina a elegir algún plato o a saludar la conocen y saben que es petisota y regordeta, con una edad indefinida de más de cincuenta años porque no tiene una sola cana y, a fuerza de tener sobrepeso, tiene pocas arrugas, por estirada nomás. Su imagen es la que corresponde a una criolla de vieja estampa y escasas palabras.

El sábado pasado llegó con mi mujer, saludo con el infaltable “buenas noches, buen provecho”, el coro de parroquianos me responde en los mismos términos, le doy la mano a Hugo y me ubico en una mesa.

De inmediato percibimos, mi mujer y yo, que algo pasaba porque Carlitos se asomaba de vez en cuando desde la cocina y Hugo, cosa extraña, había abandonado su puesto atrás del mostrador y se agitaba con las bandejas con platos de comida repartiendo platos, botellas, paneras, etc. Había tomado el rol de Carlitos y, por lo que se apreciaba, Carlitos estaba cocinando. La pregunta obligada era ¿dónde estará Doña María?

Cuando el local comenzó a despoblarse, Carlitos abandonó la cocina y comenzó a desplazarse como siempre entre las mesas. Cuando llegó al lado de la que ocupábamos mi mujer y yo le pregunté ¿qué pasa con Doña María?

Ayyy...usted sabe, ella se cura. Entonces se enganchó y se rompió el tobillo...

Carlitos. No entiendo nada. Explicame eso bien.

Le cuento. Ella va –bah, la llevan- en silla de ruedas a las reuniones que hace el pastor Ernesto en el cine. Cuando el pastor dice por tercera vez ¡Aleluya! María se levanta y camina. Esta vez se enganchó el pié en los soportes de la silla de ruedas, se cayó y se quebró el tobillo. ¡Ahora tenemos para cuarenta y cinco días de corridas por culpa de esos pesitos extras que se gana la vieja...!

EL DOCTOR

Carmelo es analfabeto. También lo es Annunziata su mujer desde hace más de treinta años. Son campesinos, habitan una cabaña en medio de las montañas de Calabria. Sus escasos recursos provienen de la agricultura, aceitunas y aceites principalmente y de la cría de ovejas. Para el transporte los ancestrales bueyes y su cansino andar cubren todas las necesidades. Sus paisanos vecinos están en iguales condiciones formando una sólida comunidad entre semejantes donde la ayuda mutua y la palabra son valores fuera de discusión.

Todos llevan una vida dura pero sana y buena. La comida y el vino no faltan jamás y los eventuales conflictos son de rápida solución.

El cura es el que atiende esos conflictos y los problemas espirituales de todos ellos, lee para ellos las eventuales cartas que reciben de paisanos que han emigrado o de algún hijo que ha cambiado de manera de vivir, buscando tal vez, mejores horizontes.

Carmelo y Annunziata tienen un hijo, Luigi a quien adoran y para quien desean como todo padre lo mejor posible. Tanto que dentro de su escasa formación han percibido con claridad que deben extremar los esfuerzos para que su querido Luigi avance en la vida por otros rumbos distintos a los que ellos han recorrido. No quieren para él una vida parecida a la de ellos.

Por eso y con enormes esfuerzos han logrado darle una instrucción aceptable, pagando onerosos estudios en los colegios de la ciudad más cercana, resignándose a ver a su hijo los sábados y domingos cuando, abandonando la casa citadina de un paisano, regresaba a la cabaña de sus padres.

Los regresos de fin de semana se fueron espaciando a medida que Luigi crecía aunque Annunziata percibió con olfato de madre que los lapsos se estiraban porque Luigi se avergonzaba un poco de sus padres y las condiciones de vida en la aldea. Calló y contribuyó a que continuase sus estudios. Internamente pensaba que su hijo se elevaba a lugares donde el material más abundante en la aldea- el sentido común- se iba perdiendo irremisiblemente.

Luigi aprobó su ciclo secundario y Carmelo y Annunziata decidieron que su hijo merecía algo más. Los demás paisanos pensaron con justicia que el cura no fue ajeno a esta decisión ya que Luigi marchó a Roma a estudiar teología.

El esfuerzo fue enorme pero las cartas que esporádicamente llegaban y el cura les leía les daban orgullo y eran justificativo más que suficiente para seguir esforzándose en la educación de Luigi.

En eso estaban cuando la viga principal de su cabaña, un tronco centenario de roble toscamente tallado con hachas empezó a dar claros síntomas que su edad no le permitiría seguir soportando el techo.

Era necesario reemplazarlo y, para ello la comunidad entró en funciones.

Giussepo, un pastor que se alejaba por varios días de la aldea con su rebaño, contó que en el bosque aledaño al monte negro había un roble que podría reemplazar al que sostenía el techo de la cabaña de Carmelo.

Este, Giussepo y casi todos ellos, con queso, salame, vino, aceitunas y pan como alimento fueron a verlo y regresaron bien tarde en la noche informando que el roble servía y que para traerlo y ponerlo en posición debían organizarse, seguramente para algún domingo próximo.

Hubo grandes opiniones en la taberna sobre la cantidad de hacheros necesarios, sobre quienes llevarían al bosque sus bueyes para arrastrar el tronco hasta la cabaña de Carmelo, cuales eran las mejores comidas que las mujeres podían preparar y otros detalles relativos al trabajo a realizar, sin dejar de lado que Parrinedu los acompañase con la lupara por si aparecía algún lobo demasiado audaz.

Así las cosas quedó fijada la tarea para el domingo siguiente.

Ese día, antes del crepúsculo la caravana de hombres y bueyes se puso en marcha hacia el bosque. Las mujeres saldrían más tarde con los calderos y atados en los que llevarían la comida para la fiesta-trabajo en que todos estaban comprometidos.

Llegados al bosque, los hacheros comenzaron su dura tarea hasta que el roble seleccionado cayó estrepitosamente al suelo. El hecho fue celebrado con un buen trago de vino por todos los paisanos.

Inmediatamente los hacheros se pusieron a sacar las ramas y a dar forma más o menos rectangular al tronco. Carmelo en una punta y Giussepo en la otra de la sierra trozadora cortaron el tronco a la medida de la viga que necesitaban.

A media mañana el tronco ya tenía las medidas necesarias y se parecía bastante a lo que la cabaña de Carmelo necesitaba. Con los arneses que habían llevado ataron seis bueyes a un extremo del tronco y comenzaron el lento descenso hacia la aldea.

El tronco avanzaba dificultosamente arrastrado sobre tierra, hierba, barro y bosta de bueyes. Todos estos se pegaban irremediabilmente sobre el mismo pero eso era un hecho meramente circunstancial para todos los participantes, cuyo único objetivo era recuperar la seguridad de la cabaña de Carmelo y Annunziata.

A medio camino se juntaron con las mujeres de la aldea y repararon fuerzas mediante un suculento almuerzo comido por todos en medio de bromas y anécdotas de operativos similares y, por supuesto no faltaron referencias a jóvenes cuyas miradas anunciaban cercanas bodas.

A primeras horas de la tarde el cortejo llegó a la cabaña y allí se sumaron otros paisanos para aportar su fuerza dado que era imprescindible cambiar la viga antes de la puesta del sol porque no era posible desmontar techo una tarde y montarlo al día siguiente por el frío reinante durante las noches y la falta de alojamiento para Carmelo, Annunziata y sus animales.

Cuerdas, palancas, puntales, cuñas, poleas y mucha fuerza humana lograron el milagro. Apenas se hubo ocultado el sol, el nuevo roble sostenía con hidalguía el techo de la cabaña y el viejo era transformado en leña usada allí mismo para calentar la comida sobrante y realizar una cena comunitaria donde nuevamente, el vino áspero de las montañas alegró los corazones de todos.

En eso estaban cuando ven acercarse al cura corriendo, con la sotana flotando al viento, blandiendo en su mano derecha un papel. Como no era una actitud normal para el padre, todos inmediatamente prestaron atención.

Jadeando gritó ¡Carmelo! ¡Annunziata! ¡Luigi es Doctor en Teología!. Aprobó con méritos sus últimos exámenes y Roma lo quiere en forma definitiva. Y además viene a la aldea a decírselos personalmente y besarlos por todo lo que han hecho por él. Llega el miércoles próximo.

Carmelo y Annunziata se abrazaron con la vista nublada por las lágrimas y los paisanos que los rodeaban atronaron el espacio con vítores al hijo de la aldea que había logrado alejarse de la vida que ellos llevaban. El cura los bendijo y, por supuesto, se quedó con ellos participando de los reiterados brindis que, por Luigi y por la viga nueva se hicieron.

El miércoles, todos estaban en la senda que comunica la aldea con el pueblo más cercano. A eso de las diez de la mañana divisaron el polvo que levantaba el carro que traía a Luigi.

Llegó vestido de negro, con camisa blanca y corbatín de académico, zapatos lustrados y un maletín con libros. Su condición de Doctor era visible desde cualquier parte. Saludo en forma circunspecta a Carmelo, su padre y a Annunziata, su madre como si fuera pecado exteriorizar emociones. A los paisanos les dedicó un pequeño gesto de salutación que contrastaba largamente con los gritos de alegría que proferían por volver a verlo en esas condiciones.

Algo avergonzado caminó con sus padres hacia la cabaña en la que había nacido y se había criado. Sus padres estaban exultantes de alegría, él en cambio parecía habitante de otro mundo. La madre notó esto de inmediato pero estimó que era solamente una trampa de su ignorante imaginación.

Luigi entró a la cabaña, alzó su vista hacia el techo y vio la viga nueva, sucia de tierra, barro, hierba y bosta. Por primera vez desde su llegada abrió la boca para decir

"Come est possibilis quel bovis alzavat its culis et cagabis in travis"

La madre supo en ese instante que su hijo estaba definitivamente perdido.

JUSTICIA PARA LA MUCAMA

Sábado a mediodía. La Recuperación estaba llena de viejos clientes acomodados en sus mesas. En ninguna faltaba la botella de vino, el sifón, el pan de campo y el roquefort, para empezar, nomás.

Cada nuevo parroquiano, al entrar, saludaba con el consabido "Buenos días. Buen provecho". Todos respondían "Gracias" y una vez ubicado comenzaba su participación en la conversación colectiva. Los hombres sobre la situación del campo, los tractores, los impuestos, las lluvias y todo ese tipo de cosas mientras que las mujeres parloteaban sobre los hijos, las plantas y los perros.

Los atuendos eran los que correspondían a ese tipo de gente. Buena ropa, discreta. Alguna bombacha y rastra con monedas, muchas botas de cuero, algunas con algo de barro. Boinas y chambergos colgados en las perchas y en los respaldos de las sillas, en definitiva un conjunto de personas que o se conocían y hablaban entre ellos de mesa a mesa o no se conocían pero era lo mismo pues también hablaban entre ellos. El dialogo estaba abierto para todos.

El televisor prendido en las noticias daba pie para comentarios sobre la situación local y mundial y no era raro escuchar al dueño y patrón de La Recuperación hacer comentarios en voz alta para el que quisiera oírlo sobre el intendente, los políticos -y el intendente lo era- y el asalto a mano armada que eran los impuestos locales que debía pagar para mantener vagos y punteros del partido gobernante.

Cuando el tema era la seguridad, cada uno de mesa a mesa aportaba su caso y la policía salía airosa en algunos y definitivamente perdedora en otros.

Carlitos, el mozo, trajinaba de mesa en mesa llevando platos con milanesas enormes, montañas de papas fritas, tallarines con un tuco de aroma imposible de resistir, flanes con crema, botellas y sifones.

Cada vez que pasaba al lado de una mesa intercambiaba un párrafo con el comensal tratándolo por su nombre de pila. "Veo Juan que trajiste a tu mujer o es que no te deja venir solo", "Señora Beatriz su marido está comiendo poco", "¿Cómo están sus hijos, Macarena?", "Este -por el dueño- me tiene corriendo, un día no vengo y que se arregle" y continuamente coas por el estilo.

Nada desentonaba en ese ambiente al que todos habían elegido precisamente por eso. Y por la cuenta, que solía decir en caracteres cuneiformes cuat alm 56 sin más detalles, lo que implicaba el pago por cuatro platos de fiambre, dos milanesas con fritas, dos ravioles a la manteca, tres helados y una ensalada de fruta, dos vinos y dos sifones, más el pan y el infaltable queso roquefort.

En ese ambiente y con casi todas las mesas ocupadas, se abrió la puerta y todos vimos una pareja ataviada con jogging anaranjados con ancha banda azul lateral, zapatillas de marca (caras), dos niñas hermosas con uniformes de gimnasia y una a todas luces empleada vestida con una especie de batón azul oscuro a lunares blancos.

No solo no armonizaban con el conjunto sino que tampoco saludaron. Fueron directamente a una de las pocas mesa libres, se sentaron y con gesto imperativo llamaron ¡mozo! a quien todos los allí presentes llamábamos Carlitos.

Mi vecino de mesa, el dueño de la agencia de autos del ovalo, sita sobre la ruta, se inclinó hacia mí y me dijo quedamente "Esto es lo que nos están trayendo los countries que nos están rodeando"

El nivel del murmullo general bajó de inmediato, razón por la cual el televisor empezó a ser el dueño del sonido del lugar.

Esto molestó al recién llegado que en forma descomedida dijo casi ordenando "Apaguen eso que molesta^a. El patrón para evitar un conflicto, parsimoniosamente bajó el volumen y explicó para todos "Tengo que escuchar los resultados del sorteo de hoy a la mañana"

Evidentemente había un elemento extraño en el conjunto que no se integraría al mismo.

Cada uno siguió con su comida, con menos diálogos que antes de la llegada de los últimos parroquianos. Carlitos siguió trajinando entre las mesas y, cuando yo ya estaba por finalizar mi almuerzo, al pasar por mi lado me dijo en voz baja "A este lo mato con la cuenta, le voy a cobrar como si hubiese comido pavo y tomado champagne importado".

Me quedé azorado porque nunca lo había visto decir y mucho menos hacer una cosa así, razón por la cual me demoré hasta que pasó cerca mío de nuevo para preguntarle ¿Por qué Carlitos?

¿Por qué? Porque solamente un miserable de mierda como ese pide comida para cuatro siendo cinco y hace que la mucama se coma lo que las chicas no quieren. ¡Por eso lo voy a matar con la cuenta.!

Me alegré mucho, recuperé la sonrisa, le conté por lo bajo lo escuchado al dueño de la agencia del ovalo y ambos decidimos dejar para Carlitos, el justiciero, una jugosa propina.

LA CAJA DEL PERRO

Desde siempre mi madre vivió en una casa chorizo construida en un lote de diez varas de frente por cincuenta y ocho metros de fondo, con piezas de cuatro por cuatro por cinco de altura, imposibles de calefaccionar en invierno, una galería con plantas, patio y fondo donde reinaban dos higueras, una de higos blancos y otra de higos negros. Había también un limonero, rosales, orégano, a veces lechuga y tomates y también había una pérgola con un infaltable parral de uva chinche.

Es decir, había lo que ahora no hay. Tierra para cultivar y disfrutar. Por supuesto había hormigas que era necesario combatir por las noches como era necesario ahuyentar a algún gato demasiado encariñado con el canario.

Un cobertizo servía para guardar palas, azadas, mangueras, venenos y demás cosas necesarias para un jardín o huerta. Allí también había herramientas con las que aprendí, hace ya demasiado tiempo, a hacerme mis propios juguetes.

Cada vez que alguien tocaba el timbre había que caminar más o menos cincuenta metros para llegar hasta la puerta y otros cincuenta para volver hasta la cocina, hecho que seguramente los médicos actuales aplaudirían sin hesitaciones de ningún tipo.

Naturalmente el techo de chapas requería cada vez con más frecuencia reparaciones necesarias para evitar las ahora casi desconocidas "goteras" de los días de lluvia, todos los días había que barrer la vereda y, por las noches, sacar la basura.

Todos los vecinos se conocían, se saludaban y se ayudaban. Recuerdo haber ido a buscar azúcar a lo de Doña Sara un día en que los cálculos de reposición habían fallado en mi casa, haber recibido un frasco de dulce de higos de la señora Catalina, debidamente retribuido con una carpetita hecha al crochet por mi madre y así miles de casos más.

Todos nosotros, los entonces chicos íbamos al colegio de riguroso guardapolvo blanco y no había distinciones entre el hijo del médico y el del mecánico y a la tarde grandes jolgorios en las veredas hasta que llegaba el inexorable ¡Adentro!

Todo eso era lo típico de una época que se fue o se está yendo en forma definitiva. Otra vida. Ni mejor ni peor, simplemente distinta.

Muerto mi padre, mi madre no quiso salir de "su" casa y allí continuo viviendo rodeada de plantas, recuerdos, muebles exageradamente grandes para las actuales medidas de los ambientes y cada vez menos amigas por simples razones cronológicas.

Una de ellas, Celeste, vivía relativamente cerca, en una casa parecida -todas lo eran- y tenía una debilidad, los perros. Tenía varios de raza indefinida o, mejor dicho, de raza definida por innumerables cruces entre algunas razas conocidas. Además alimentaba a cuanto perro callejero se acercase a su casa.

Ella amaba. Nunca había tenido hijos, razón por la cual, una vez que hubo enviudado, ningún familiar directo podía irrumpir en su casa al grito de "¡Hola abuela! Esta noche me quedo con vos", como solían hacer mis hijas con mi madre, su abuela, de manera que Celeste volcaba todo su cariño en los famosos perros.

Un día, temprano a la tarde me llama mi madre a la oficina y me pide que le haga un favor muy grande. Para no preocuparme me dice de inmediato que es algo que no tiene nada que ver con ella ni con su salud.

Intrigado le digo "¿qué pasa?" .

"Nada, no pasa nada. A Celeste se le murió el Toby"

"Y yo que tengo que ver con eso"

"Tenés que ver porque Celeste no tiene fuerza para enterrarlo en el fondo de su casa y me pidió si lo podemos enterrar en el fondo nuestro y como yo tampoco tengo fuerza te pido a vos que lo entierres acá atrás"

"Bueno, mamá, está bien. Lo hago. ¿Cuándo sería eso?"

"Mirá, hoy a la tarde, temprano. Celeste me dijo que tiene una caja muy fuerte y grande de cartón de un televisor color de pantalla grande que se compró hace poco, que pone al Toby en esa caja y que cuando yo la llamo, se toma un taxi y se viene para casa con la caja"

"Bueno, quedate tranquila que a eso de las cuatro de la tarde estoy por allí y hacemos lo que decís"

"Gracias, no sabés cómo te lo agradezco"

"Uff. Está bien mamá. Hasta luego"

En realidad el pedido no me gustaba para nada pero me daba un justificativo para salir temprano de la oficina con un sonoro "hasta mañana", ir hasta lo de mi madre, enterrar el perro y llegar temprano a mi casa.

Llegué bastante antes de las cuatro, me enteré de las novedades de mi viejo barrio, vi que no había ninguna canilla goteando pidiendo a los gritos que alguien le cambie el cuerito, que los impuestos estaban al día y que la dotación de remedios era suficiente y, mientras mi madre llamaba a Celeste, me tomé un café con el sabor de café de soltero.

Mi madre me avisa que ya había hablado con Celeste, que un vecino la había ayudado a meter el perro muerto en la caja del televisor y que el mismo vecino la iba a ayudar a cargar la caja en el baúl del taxi porque seguramente no entraba en el asiento.

A la espera del timbrado que anuncie la llegada de Celeste y su perro muerto me doy una vuelta por el cobertizo para ver cómo está la pala, me fijo dónde hacer el pozo y, por lo bajo suelto alguna maldición por la changa gratuita que me toca pero, todo sea por la madre de uno...

Al rato suena el timbre. Para que mi madre no camine digo "deja, voy yo, tiene que ser tu amiga Celeste".

Abro la puerta de calle y, en efecto, allí está Celeste, llorando como una criatura. Gentil le digo "Pero Celeste, Toby era nada más que un perro, pero un perro al fin de cuentas"

Entre lagrimas me contesta "No, no lloro por eso. Lloro porque el taxista me ayudó a bajar del taxi, cerró la puerta, se metió en su lugar y se fue con la caja y el Toby muerto dentro en el baúl del auto"

No pude contenerme pensando en la cara del taxista y del reducidor cuando abriesen la caja del televisor y viesen el cadáver del Toby.

¡SEÑORA! SE CASAN LAS PLANTAS

Septiembre había llegado con todo. Como dice el poeta, el planterío se había pasado el invierno lambiendo toscas pa parir verano. Y a juzgar por la explosión de verdes, el parto sería sensacional. Los días eran cada vez más largos, casi no había nubes y soplabla viento norte en forma casi continua, trayendo un calorcito que alegraba el corazón después de los terribles fríos de agosto.

Todo anunciaba el renacer de la vida. Los signos de la naturaleza eran inequívocos. Todo parecía a punto para un gran acontecimiento.

Las mujeres se veían más lindas, los hombres presumían, vistiendo sus mejores camisas y pañuelos en el cuello, los más viejos miraban todo, comprendían y veían como, con otras modalidades se repetía nuevamente lo que ellos habían hecho y antes que ellos habían hecho sus padres y los padres de sus padres verificando aquello del Eclesiastés no hay nada nuevo bajo el sol, solo vanidades.

Los caballos estaban más prolijos. Tusados, con las crines limpias y peinadas, brillosos, eran el orgullo de sus jinetes que se acercaban al almacén de ramos generales y despacho de bebidas para la consabida copa, ahora de puro vicio. El mes pasado era distinto. Había que calentar la tripa para evitar algo el frío y la humedad.

Todos ellos se amontonaban a la izquierda de la entrada, en la zona del mostrador de zinc, donde desde hacía por lo menos un siglo, se despachaban cervezas, ginebras y cañas y algún vitito. Pedir de ese lado una gaseosa es algo no demasiado bien visto.

Las conversaciones son lentas, con grandes silencios entre frase y frase, tal vez para pensar la respuesta, tal vez para tener tiempo para un sorbo, tal vez porque en la llanura el tiempo es inexorable y en ocasiones el problema es cómo dejar que pase.

Eso es típico de todo desierto porque en él todos sus habitantes saben que inexorablemente el ciclo de la vida se repite como se repite la salida y la puesta del sol, las estaciones, las fases de la luna, etc.. Por supuesto, hay algo de fatalismo en esa forma de ser pero así son las cosas y solo la bendición de las lluvias y el trabajo del hombre y la tecnología transformaron el desierto del siglo XVIII en el cuerno de la abundancia de los siglos XX y XXI.

Todos ellos son sabios. Atesoran el conocimiento empírico acumulado por generaciones anteriores y le agregan el derivado de la propia experiencia. Difícil, muy difícil que a alguno de ellos se le escape algo relacionado con la naturaleza.

Todos saben si mañana va a llover. Saben si habrá más viento y de dónde soplará. Para eso han visto la formación en V de patos volando hacia el poniente, signo inequívoco de viento fuerte al día siguiente. Saben leer el comportamiento de los animales. Las orejas de perros y caballos les anuncian peligro o la inminente dentellada o patada. El color de las infinitas mariposas que pasan sin parar les avisa que clase invierno -húmedo o seco-será el próximo y las fases de la luna les indican el momento propicio para sembrar o cosechar.

No tienen apuro. ¿Para qué tenerlo? En sus casas saben que llegarán a tiempo para comer y luego continuar con el trabajo del día. Con alguna reparadora siesta intermedia tal vez.

Del otro lado, del lado del almacén las cosas son distintas. Allí se amontonan mujeres y chicos comprando las provisiones necesarias en las casas. Salen paquetes de fideos, arroz, harina, huevos, aceite, papas, gaseosas, soda, leche, latas de sardinas, fiambres, queso y demás vituallas necesarias para un buen comer.

Allí las conversaciones son de otra naturaleza. Las mujeres hablan de sus maridos y de sus hijos, de lo caro que están las cosas, de los estudios, de las plantas y una que otra lengua partida comenta por lo bajo lo que ocurrió con la mujer del herrero que se fue dos semanas y nadie sabe dar fe cierta dónde estuvo, lo que genera un nutrido cotilleo con diversas y posibles explicaciones, desde la más generosa que dice que fue a ver a su madre que vive lejos hasta la impiadosa que le atribuye una aventura con el dueño de la tienda del otro pueblo.

Todas ellas han llegado en sulky, a caballo o las ha traído su marido en el carro, de paso para la ruta a entregar los tambores de leche, para después pasar a buscarla con el carro ya vacío.

Un ruido a motor rompe la rutina del lugar. Los sabios del sector bebidas miran como al descuido, las mujeres del sector almacén paran un poco su charla y prestan atención a lo que vendrá.

Lo que viene es una rubia, tal vez auténtica, ataviada con un conjunto de gimnasia verde claro con bandas rojas que todos sabían era la mujer de uno de los primeros propietarios del country recién inaugurado en lo que supo ser el campo de los Macías.

La rubia entra totalmente despeinada, diciendo en voz tan alta que todos la escuchan "Pero que barbaridad, Con este viento no se puede jugar al tenis ni caminar. ¿Por qué soplará así el viento en Septiembre?"

Uno de los sabios, el más viejo hace valer su sabiduría y dice con un dejo de socarronería "¡Señora!, se casan las plantas".

La rubia no entendió. Cero en biología.

EL INSPECTOR

El Dr. Perenganez es un distinguido miembro del Partido Unión Demócrata Popular (PUDP) al que ha llegado luego de transitar un largo camino, comenzado en su ya lejana juventud, cuando la hoz y el martillo hacían latir su corazón al mismo ritmo en el que latía el de Sara, su compañera de colegio secundario y, ella sí, devota de la teoría que más tarde se derrumbaría estrepitosamente.

Felizmente, Perenganez permaneció fiel a las consignas de los rojos hasta que descubrió que la teoría social de la iglesia superaba ampliamente los postulados marxistas, y sobre todo descubrió que Teresa era mucho más sincera que Sara en sus convicciones, razón por la cual, recordando su niñez en el colegio de los padres Jesuitas y sus enseñanzas, rápidamente recuperó su fe, que ahora sí, sería inquebrantable (por lo menos mientras Teresa lo mereciese).

Ya en la universidad, viendo la enorme ola reformista que allí imperaba, trató de permanecer aislado tratando de aprobar algunas materias para que las mensualidades que le daba su padre tuvieran sustento, no sea cosa de tener que rebajarse a esa desagradable cosa de conseguir un empleo y, peor que peor, tener que trabajar.

Esto duró hasta que Graciela, del Movimiento Ecológico Universitario Reformista MEUR le hizo ver los daños que el capitalismo despiadado le estaba provocando a la naturaleza. Perenganez, que recordaba sus andanzas con Sara, la comunista de su primera militancia, sacó de la galera de los olvidos un léxico que subyugó a Graciela y se dedicó a la defensa de la ballena azul, del muflón de los Alpes y de la marta de dos pelos de Siberia. Los problemas de su país le resultaban totalmente indiferentes.

El MEUR o Graciela, no se sabe, lo distraeron de tal forma que las mensualidades comenzaron a correr peligro porque los avances en la carrera eran nulos, motivo por el cual abandonó a Graciela y al MEUR ya que en un par de oportunidades había escuchado de labios de su padre la temida palabra "trabajar" y se prometió a sí mismo, volver a los libros sin distraerse con nuevas convicciones políticas.

Completó así en cuatro años, su segundo año de la carrera y se dispuso a cursar su tercer año. En eso estaba cuando uno de sus Profesores, destacado miembro del Partido Unión Popular Democrática PUPD, lo vio bien plantado, bien hablado, bien vestido y despierto y lo invitó a ser una especie de secretario privado, chofer, correveidile y demás suyo en el glorioso ámbito del PUPD por supuesto.

Ese año aprobó una sola materia, la del docente prócer del PUPD razón por la cual su situación económica se puso muy tirante, tanto que no tuvo más remedio que confesarse con su mentor en el partido, mostrando su miserable situación.

Así lo hizo y su sorpresa y alegría fueron mayúsculas cuando escuchó a su respetado Profesor pronunciar estas palabras "Bueno Pibe. Llegaste adonde yo quería y, como me imagino que como a todos nosotros no te gusta para nada trabajar, excepto que sea trabajar para el pueblo, te propongo que te unas definitivamente al PUPD y yo te consigo tu inclusión en la lista de postulantes a concejal en la Municipalidad de Doblavientos"

Perenganez contestó que él vivía en la Capital y que ni siquiera sabía dónde o en qué provincia quedaba Doblavientos, a lo que el prócer del PUPD dijo "y eso qué importa. Allá tenemos un buen correligionario que arregla todo y vos vas a ser concejal de Doblavientos a partir de Julio".

Así fue. En Julio de ese año se mudó a Doblavientos como concejal del PUPD. Abandonó la carrera, juntó sus cosas y partió hacia su sueldo de concejal, exorbitante para lo que era el salario de

la gente de Doblavientos. Joven, apuesto, bien vestido, entrador y bien relacionado rápidamente, muy rápidamente entró en la sociedad de Doblavientos y en la de la provincia. Por supuesto, en el Consejo no se destacó para nada, pero no era eso lo que de él se esperaba. Debía hacer crecer el PUPD en esas latitudes.

Pero el diablo metió la cola, mejor dicho las polleras y el bueno de Perenganez se enamoró de Matilda, hija ya madurita de un poderoso hacendado de la zona, que contaba por miles las cabezas de ganado con su marca.

Matilda, que creía que su destino era un palurdo de la zona, con mucha plata y poca distinción o las obras de caridad, creyó haber tocado el cielo con las manos y correspondió de inmediato el amor de Perenganez. El padre de Matilda, el rico hacendado, estaba de acuerdo porque él también quería para su hija un asenso social y definitivamente Perenganez lo era pero, había un pero enorme. Él era en realidad el caudillo indiscutido del Partido Unión Demócrata Popular PUDP, eterno e irreconciliable rival del PUPD.

Como tal, ponía intendentes, armaba los Consejos Deliberantes, manejaba la justicia de faltas y, muchas otras veces, la otra. Entraba y salía a sus anchas de la guarnición militar cercana, era miembro de la Sociedad de Ruralistas Ganaderos y Agricultores, benefactor de la iglesia y manejaba un sinfín de votos de peonadas propias y ajenas.

Como le resultaba imposible tolerar un posible yerno miembro del odiado PUPD así se lo planteó con la franqueza típica del hombre de campo a Perenganez quien se rasgó las vestiduras, juró su eterna fidelidad al PUPD y a sus principios y que jamás abandonaría al partido que había sido su cuna y mentor político, a sus camaradas y amigos y quien él debía todo.

Después de esa heroica declaración se desafilió al PUPD y se afilió de inmediato al PUDP, iniciando así su verdadera carrera, comenzando por su casamiento con la madurita Matilda.

Rápido, muy rápido fue miembro de la lista de Diputados Provinciales, dado que por su edad no podía -todavía- ser senador. Por supuesto, salió electo. Todos recuerdan el día que, en medio de una inoportuna sesión en la que se trataba el uso industrial de las aguas del río cercano, motivado por sus más puros intereses pidió un cuarto intermedio hasta el día siguiente a las once horas para un mejor estudio del tema y sus implicancias en el medio ambiente de la zona.

Nadie por supuesto, relacionó esta, su única intervención en años, con el partido de Polo que el cuarteto crédito del lugar jugaba con el de la provincia linderera. Como la absoluta mayoría estaba pensando en ese partido. Su moción obtuvo una mayoría aplastante.

Llegaron las elecciones nacionales y el candidato del PUDP triunfó por escaso margen, prometiendo todo y lo contrario de todo, a sabiendas que la memoria de los votantes es corta y que él verdaderamente representaba el progresismo y el bienestar del pueblo.

Perenganez fue convocado por el Dr. Rupianez, presidente del Comité Nacional del PUDP quien con mirada acuosa y párpados entrecerrados le dijo "Vos vas de Secretario de Educación. El Ministro va a ser nuestro correligionario Torpazo. Vas vos porque te recomienda tu suegro, así Matildita vive un tiempo en la capital y como fuiste a la universidad no vas a tener problemas ahí."

Cuando se iba pensando ya en sus nuevas funciones, Rupianez le dijo nuevamente "Ah, me olvidaba. Esos canallas del PUPD nombraron montones de gente en cargos que ahora nosotros necesitamos para los nuestros. ¡Echalos a todos!"

El mando cambió de manos, los Ministros juraron, los Secretarios juraron y, cuando las digestiones de los festejos lo permitieron, comenzaron a frecuentar sus respectivos despachos.

Perenganez se encontró de repente con los problemas típicos de la educación en cualquier lugar del mundo. El sueldo de los docentes, la infraestructura de las escuelas, el segundo nivel inútil, la universidad con pretensiones de autonomía inaceptables, etc., etc.

Pidió la nómina de inspectores y descubrió que la mayoría de ellos había sido nombrada a dedo por el gobierno militar anterior al del PUPD o por este último.

Siguiendo las indicaciones de Rupianez, le avisó a Torpazo, y los dio de baja a todos. No tuvo en cuenta que, en estos países donde se alternan gobiernos militares, PUPD y PUDP, la política real, efectiva, permanente y única la define la burocracia estable del gobierno que, a lo largo del tiempo ha sabido consolidarse y constituirse en una especie de gobierno paralelo permanente, con reglas y fundamentalmente inviolables códigos propios.

Siguiendo esas reglas, la baja sería efectiva desde el momento en que todos y cada uno de los echados, tomase conocimiento de la decisión de Perenganez.

Todos los involucrados tomaron conocimiento con distintos grados de indignación y resignación, menos uno de ellos que no pudo hacerlo por haberse infartado. Técnicamente Perenganez había cumplido con Rupianez con una excepción que no podía arreglarse hasta que el

infartado pudiese tomar conocimiento de su baja. Como la nómina era única, la medida quedó burocráticamente congelada hasta esa notificación.

Rupianez presionaba a Torpazo porque necesitaba los cargos y Torpazo, el Ministro presionaba a Perenganez por el mismo motivo y Perenganez maldecía y rogaba que el infartado apareciese de una buena vez para notificarse de su baja y liberar todos los cargos que Rupianez necesitaba para los correligionarios del PUDP.

Un día, la secretaria le dice, Dr. (no lo era pero ¡qué bien sonaba!) está el Sr. que no se pudo notificar de la baja ¿qué hago? Quiere verlo. Esperá un poco, yo te toco el timbre y lo hacés pasar.

Al rato Perenganez ve a un hombre a todas luces venido a menos, demacrado, enflaquecido con un traje tres o cuatro medidas más grandes que las de él y que, con toda humildad le dice "Vea Dotor, yo se que no puedo ser inspetor de enseñanza. A mi me hizo nombrar acá el General porque Ud. sabe, yo soy mecánico y era el único que le ponía el auto a punto como él quería pa salir a caminar"

Perenganez, que a esta altura de su carrera una de las pocas cosas que sabía era entender vidas propias y ajenas, le dijo que él no podía hacer nada, que se busque una ayuda, cualquier ayuda, pero que le daba una semana de plazo para que se notifique de la baja. El infartado, lleno de agradecimiento prorrumpió en estentóreos "Gracias Dotor, muchas gracias Dotor, Dios se lo va a pagar el doble". "Vaya, vaya pero ya sabe, la semana que viene, a notificarse" lo despidió.

A los tres días, la Secretaria lo interrumpe en medio de una audiencia y le dice por lo bajo "Lo llama Rupianez por el directo"

Esto era verdaderamente raro. Rupianez no solía llamar a nadie, salvo cuando armaba elencos. Es más, no siempre contestaba llamados así que un llamado de él presagiaba tormenta.

Resignado tomo el tubo y escucho "¡Decime boludo!, cómo se te ocurre echar al mecánico del auto del Presidente".

EL SECRETARIO DE TRANSPORTE FERROVIARIO

Por fin habían ganado las elecciones nacionales, hecho que aseguraba la Presidencia de la República, los Ministerios, las Secretarías de Estado, las Subsecretarías, las Direcciones Nacionales y Generales y toda la planta que compone el vértice de la pirámide de la administración central. Total unos cuarenta mil hombres.

Además, le quedaban disponibles los organismos descentralizados, los desconcentrados, los autonomos, los autárquicos, los fuera de nivel, los conjuntos, los de coordinación, los de planificación, los de control, los de producción, etc. todos ellos con sus respectivos presidentes, directores, gerentes, CEO's, interventores cada uno de ellos con su directorio colegiado, sindico, secretario de actas y demás planetas menores de la constelación de correligionarios que debían ser colocados en algún lugar según los votos aportados, independientemente de su formación o capacidad. Otros cincuenta mil hombres.

Por supuesto, el bocado principal eran, como siempre, las embajadas. No todas, por supuesto ¿a quien le gusta ir de embajador al Chad o a la República del Benin? Los correligionarios merecen París, Ginebra, Londres, Roma, Berlín, Madrid, Amsterdam, Bruselas, Tokio, Washington, NNUU, OEA, etc.

El presidente electo, el vice presidente electo, el presidente del partido ganador, el futuro ministro de política interna, el futuro canciller y el futuro ministro de hacienda se constituyeron en mesa chica para ver cómo repartían entre sus mas fieles conmlitones y adherentes todos esos puestos.

Un observador neutral que pudiese verlos haría una descripción similar de cada uno de ellos. Sexagenarios, de robustos a gordos a causa de los casi infinitos agasajos manducatorios a los que nunca se niegan, doble o triple papada, poco pelo prolijamente peinado, mejillas coloradas o coloraditas por los frecuentes tragos destinados a mantenerlos activos en sus habituales tenidas partidarias, ojos llorosos y entrecerrados a causa del humo de infinitos cigarrillos fumados, voz gruesa y bien impostada educada a esos fines para asambleas y demás actos colegiados, manos cuidadas que jamás sostuvieron herramienta alguna. En general una falsa imagen de abotargamiento que la vivacidad de la mirada desmiente rápidamente, cuando se logra mirarlos de frente, cosa que todos ellos eluden con maestría. Expertos en intercambios, cooptaciones y negocios, un médico no dudaría un instante en rotularlos como ejemplos de colesterol -del malo- alto o muy alto, de riesgo cardiovascular cierto y, por supuesto, exceso de peso y notoria y notable falta absoluta de ejercicio físico.

El perspicaz florentino lo dijo hace siglos. Cuando los placeres de la vida se alejan lo único que hace feliz a un hombre inteligente es el poder, y ellos, ahora, tenían el poder y, como corresponde, debían conservarlo a toda costa.

Luego del primer trago la mesa chica entró de lleno en su deliberación. Quien rompió el fuego fue el futuro canciller quien recordó al electo presidente que una de las promesas hechas era que los cargos en cada una de las áreas de gobierno iban a ser cubiertos por especialistas, fuesen o no miembros del partido.

La indignación por semejante aseveración fue inmediata. El futuro ministro de hacienda dijo haberse comprometido desde el inicio de la campaña con conmitones de distintas provincias, ministros o secretarios en ellas para los puestos vacantes nacionales, que eso era cuidar el federalismo y que...

El futuro ministro político lo interrumpió haciéndole notar que uno de los elegidos, el secretario de presupuesto, es un distinguido psiquiatra, conocido por su iconoclastía en toda la provincia.

Terció el vice presidente electo ofreciendo para el psiquiatra iconoclasta un cargo importante en el cuerpo colegiado que él presidiría a partir de la asunción del mando.

¡No loco! lo interrumpió el presidente del partido. Con esos tenemos mayoría escasa y si nos mandamos una cagada, nos votan en contra y entonces ¿qué carajo hacemos?

La discusión siguió ganando nivel durante un buen rato hasta que el electo presidente pontificó "Al psiquiatra de este lo mandamos con Merengano a salud pública, total hay más locos que enfermos y ese va a venir bien ahí. En cuanto a la promesa, me cago en ella. Busquen uno que encaje, me lo traen y lo mostramos como ejemplo y listo. Che Canciller, serví otra vuelta de escocés".

Todos estuvieron de acuerdo que el futuro presidente tenía una tranquilizante sabiduría para el cargo en que había sido electo.

A partir de ese momento, los estamentos superiores del partido se movilizaron buscando al candidato ejemplo a quien se le asignaría un cargo con el aval de una trayectoria en el tema.

No fue fácil pero en el tercer distrito electoral un miembro del partido de toda confianza aportó los datos de un primo segundo de un cuñado que parecía indicado para la Secretaría de Transporte Ferroviario del Ministerio de Hacienda.

A toda máquina se puso en marcha la inteligencia del partido y, en una semana, aterrizó en la mesa chica un legajo prolijamente compilado con los datos del observado.

Resultó ser un ingeniero, graduado en la Universidad de la Nación a los veinticuatro años de edad, incorporado el año de graduación a la Administración de Ferrocarriles, agencia donde por su iniciativa y dedicación se destacó de inmediato, proponiendo soluciones originales y eficaces a diversos problemas del transporte ferroviario. Por eso, la Administración lo mandó a Francia por tres años a hacer un posgrado en Ingeniería Ferroviaria en la SNCF.

Volvió con un doctorado en la especialidad y, sobre todo, con un conocimiento de tecnología y métodos de administración desconocidos en estas latitudes.

No registra militancia política alguna, finaliza lacónicamente el informe puesto a consideración.

¡Este es el hombre! dijo el presidente electo. Díganle a mi secretaria que lo cite para la fecha más cercana posible según mi agenda y que me avise, así ponemos a los periodistas y lo dejamos comprometido aunque no quiera.

El día indicado el Dr. Ing. llegó a la sede del partido (todavía no habían asumido) y se llevó mayúscula sorpresa porque los periodistas lo acosaron a preguntas y los fotógrafos no pararon de tomarle fotos desde los ángulos mas insólitos. Sólo pudo decir, con su habitual timidez "No se a qué vengo. Me llamaron".

Se abrió la puerta del despacho principal y apareció el presidente electo quien con una enorme y cautivante sonrisa dijo lo suficientemente fuerte como para que lo escuchen los periodistas "Mi distinguido Doctor, tengo una red ferroviaria para usted"

"¿Cómo?" atinó a decir por lo bajo el Dr. Ing.

"Vamos Doctor. Usted es el hombre que mas sabe de ferrocarriles en el país, por eso lo mandé llamar, para hacerlo Secretario de Transporte Ferroviario en mi gobierno"

El Dr. Ing. algo picado porque todo eso ocurría en presencia de periodistas y fotógrafos, levantó un poco la voz y dijo "Yo no soy político. Es más, no lo voté a usted porque no enunció ninguna política para los Ferrocarriles"

Esto era más que todo lo bueno posible para el electo. Con estudiada cortesía replicó. "Precisamente por eso lo hemos (ya usa el plural mayestático) convocado. A este gobierno le interesa la capacidad de los funcionarios, no su relación o parentesco con los miembros del partido.

Por lo que Ud. sabe lo quiero Secretario de Transporte Ferroviario en mi gobierno. No me interesa a quien votó."

Cayó en la trampa, mejor dicho, se dejó atrapar porque en un segundo pensó en todo lo que podía hacer desde ese puesto. Aceptó públicamente el cargo que se le ofrecía.

A los tres días de haber asumido, le pide audiencia el Director de Economía, su colaborador en materia de presupuesto, miembro del elenco burocrático de la Secretaría.

Dr. lo molesto porque debo avisarle que pasado mañana vence la cuota que debemos pagar a Ruarituanía por las locomotoras que se compraron hace ya seis años.

Ah, si me acuerdo. Son máquinas diesel eléctricas muy buenas que están en servicio en la línea del oeste. Son muy poco talleristas.

El Director de Economía a quien todo eso le importaba un bledo, continuó en tono respetuoso "Si, Doctor, son esas. Pero la cuota es de siete millones de dólares y si no la pagamos en término, tenemos penalidades, multas para ser más preciso"

Firmar por un viático es una cosa. Firmar por siete millones de dólares es otra muy distinta. El Dr. Ing. respondió "Bueno, tráigame los antecedentes así los miro antes de firmar"

Era obvio que quería ver si la licitación había estado bien hecha, si no había nada raro, en fin quería ver si el trámite era honesto y transparente.

El Director de Economía no se inmutó. Simplemente dijo. "Como no Doctor, enseguida se los hago traer"

A los cinco minutos entraron al despacho seis empleados, cada uno de ellos con una pila de cinco o seis biblioratos colmados de papeles jurídicamente válidos. Detrás de ellos el Director de Economía que dijo "Acá están, Doctor" Todos se fueron y lo dejaron solo.

Maldijo haber aceptado el cargo. No podía de manera alguna ver todos esos documentos, no podía evitar el pago porque sería el único responsable de la multa, no podía prescindir del Director de Economía porque no sabía cual era su presupuesto y no sabía como podía manejarlo.

Firmó.

El Director de Economía hizo una discreta visita a la Casa de Gobierno. Llevaba un sobre.

EL ADMINISTRADOR

AYER

Nop. Todos lo llamábamos Nop. Nadie se acordaba o sabía cuales eran sus verdaderos nombres. Tal vez, Ana la Jefa de Personal o Beatriz, la tesorera los supiesen pero como para ellas la discreción es inherente al cargo, jamás abrían la boca para aclarar el misterio.

Norberto Oscar Pulenta; Nicanor Omar Piaggio, Nicéforo Osmar Pigliamurta; Nicasio Osvaldo Perez; Nestor Oberto Perchinsky; Nalib Orofilo Pascasian o cualquier otra combinación de nombres y apellido cuyas siglas sean NOP, Nop para toda la oficina.

Nop era el Administrador que, al lado del Ministro, manejaba los créditos del sector. Su dedicación y honestidad están totalmente fuera de discusión. Cosa que Nop traía a la firma estaba garantizada como carente de errores. Quien firmaba las cosas de Nop, podía dormir tranquilo. Pero...

Actualmente Nop es un tipo grandote, con el aspecto de un cincuentón que en su juventud jugó al rugby. De andar pausado, tal vez por lo pesado que es, de hablar más pausado aún, con permanentes referencias a leyes, decretos, incisos, digestos, resoluciones, reglamentos, etc., etc. a los que conoce al dedillo. Su frase preferida es "No se puede".

Sea el que sea, Ministro, Secretario de Estado, Director u ordenanza el que quiere hacer algo, Nop siempre contesta "No se puede" y de inmediato abruma al dueño de la iniciativa con un fárrago de números de decretos, resoluciones, acordadas por los cuales no se puede y casi siempre finaliza con otra muletilla "entonces el superior colegiado revisor de cuentas del estado no lo aprueba y yo estoy aquí para que los trámites se hagan como corresponde. No se puede."

Los empleados más viejos recuerdan que Nop entró en un puesto más bajo que el de Administrador y que, en ese entonces ya mostraba la hilacha y su historia lo justificaba.

Hijo estudioso del dueño de una zapatería, cuando su padre tuvo problemas comerciales, a través de un cliente muy bien ubicado, le consiguieron un puesto en la Dirección de Erradicación de Plagas DEP. Entró como aprendiz del Administrador de la DEP, un viejo funcionario que creía, como ahora cree Nop, que el Estado sería más rico a más pobre según fuese su comportamiento en la DEP y que él era el único y excluyente cuidador de los bienes del estado.

El Administrador del DEP le enseñó a usar traje y corbata en forma permanente, no demasiado lujosos porque no entona con un funcionario probo y honesto como ellos ni demasiado baratos porque siempre esta la eventualidad de tener que ver al Director de Erradicación de Plagas, un distinguido abogado muy bien relacionado y, por supuesto, no es cuestión de pasar papelones por andar de pobretones sobre alfombras rojas.

Eso explicaba nuestra pregunta ¿Nop regará las plantas con la corbata puesta?. La respuesta es si, lo hace aunque sea domingo a la mañana.

Allí aprendió y no olvidó jamás que hay que levantar del piso los clips, esos insignificantes ganchitos con que la burocracia evita que se separen papeles que deben vivir unidos, sin llegar a estar encarpetados. Así lo hace y, mirando a nadie exclama "Son bienes del Estado, hay que preservarlos" y se los lleva a su oficina, para usarlos naturalmente.

En la DEP hizo bancos, planillas de jubilaciones, liquidaciones de viáticos, liquidaciones de horas extras, atención de proveedores, compras, licitaciones y todo lo que un administrador debe hacer para que un organismo funcione rápido y bien.

Con su maestro de la DEP aprendió a funcionar seguro. Pero no rápido y bien. Es tal la cantidad de requisitos a cumplir para hacer algo, que generalmente se hace tarde y mal. Pero seguro. Nadie puede acusar a nadie de mal uso de los bienes del estado. Y con eso, es suficiente para vivir tranquilo.

Así aprendió a actuar cuando una plaga atacó los cultivos de frutillas. Hacía falta, lo más rápido posible, un poderoso insecticida. Los ingenieros agrónomos clamaban por ese insecticida, pero el Administrador de la DEP y Nop, ya bastante bien entrenado comenzaron por decir ante los requerimientos de compra "No ha sido presupuestado en el presupuesto del año en curso"

Ante el grito "Compren eso ya" del Director de la DEP, el Administrador y Nop consultaron al asesor jurídico para ver si podían usar el crédito de emergencias varias para comprar el insecticida. Cuando los asesores después de cuatro días les contestaron que si, que podían usarla, se pusieron a averiguar si había algún fabricante nacional o si había que importarlo. La dirección de Industrias Químicas les contestó con preferente despacho en una semana diciendo que no había fabricante nacional de ese insecticida.

Nop fue a la aduana a interiorizarse acerca de los trámites de importación del insecticida, que por ser un material tóxico está protegido por el acuerdo de Nairobi, razón por la cual su transporte y almacenamiento debe cumplir ciertas normas desconocidas en estas regiones.

Sin ninguna perdida de tiempo Nop se puso a estudiar esas normas hasta que un día el Administrador lo llamó y lo notificó que el abogado Director del DEP estaba furioso con ellos, que él se jubilaría y que era mejor que pida un pase a tal lado (nuestra oficina)

Parece que había llegado un fax de la corporación de productores de frutilla avisando que, por negligencia de la DEP, la cosecha del año estaba perdida. Ellos simplemente estaban protegiendo a la DEP y a su Director, ¡caramba!

Así llegó Nop a nuestro sector, con impoluto legajo y como el cargo de Administrador estaba vacante allí se sentó.

Verdaderamente se sentó pero se sentó sobre los créditos, las horas extras, los vales de combustible, el uso de los vehículos y arriba de todo lo que él consideraba un gasto inútil.

Sacar una fotocopia en su feudo era una empresa muy, pero muy difícil. Preguntaba primero por qué no se usaba el papel carbónico, después quería saber si lo que se estaba por fotocopiar era la versión definitiva o no, porque se gasta papel, toner y el cilindro.

Inventó el Memorándum "Exposición de Necesidades" lúgubre papel donde había que justificar la razonabilidad y necesidad de alguna compra. El papel higiénico, el jabón, las toallas de papel estaban comprendidos en el famoso memorándum. Lo grave era que, si uno no lo llenaba de tal forma que Nop lo entendiese, no hacía la compra y ...bueno, imaginen.

Gracias a él teníamos combustible para calefacción en el mes más tórrido del año y los ventiladores estaban arreglados en pleno invierno, los vidrios rotos se arreglaban a los dos meses de haber sido rotos y los viáticos se cobraban el mes subsiguiente al del viaje.

Tarqui, sobrenombre de un gran amigo estudiante avanzado de matemáticas que se había enganchado en la oficina para poder estudiar mejor y llegar a doctorarse, había llegado a manejar los sistemas informáticos de la oficina y se llevaba pésimamente con Nop. Directamente no se entendían razón por la cual Tarqui decidió usar parte de su tiempo para estudiar a fondo los fundamentos del "no se puede" de Nop. Con la agilidad mental de un universitario a punto de graduarse muy rápidamente estuvo en condiciones de desafiarlo.

La oportunidad le llegó un día de reunión con el Ministro. Este, cansado de tener asignado un vetusto Cadillac inició la reunión diciendo "Quiero renovar el vehículo asignado. Ese Cadillac es un anacronismo para este o cualquier otro ministerio"

Nop, de inmediato dijo "No se puede" por ...y largó una serie de números, incisos, apartados etc. por los cuales no se podía.

Tarqui, paladeando su seguro triunfo dijo entonces "Creo que si se puede. Es cuestión de hacer una compra directa amparado en el artículo 276, inciso 24 de la Ley 17436 que habla sobre la actualización de bienes del estado"

Nop, descompuesto de ira replicó de inmediato "No, si se aplica ese artículo corresponde hacer un sumario y como el responsable es el señor Ministro no creo que Ud. esté queriendo que sumarían al Ministro"

"Si, eso quiero", respondió Tarqui. "Usted debe hacer el sumario, y según el Código de Procedimientos de la Administración el señor Ministro será encontrado culpable y deberá pagar una multa de \$ 30"

El Ministro, que captaba de inmediato las cosas, metió la mano en el bolsillo y sacó treinta pesos y le dijo a Nop "Cóbrese ya pero cámbieme el auto"

Nop, con las venas de las sienes a punto de estallar dijo "¿Qué auto quiere?, pero guarde ese dinero que ahora no tengo los comprobantes necesarios para recibírselos y además le tendré que tomar declaración en el sumario y además..."

El ministro lo cortó en seco "Déjese de joder, vaya y compre el auto y después haga lo que quiera"

Siempre fue solemne. Apenas entraba al despacho del Ministro se abrochaba el eterno saco, y adoptaba una actitud de respetuosa reverencia, casi de adúladora sumisión. En este caso su enojo debía ser enorme. Se paró, se desabrochó el saco, tomó sus carpetas y dijo de muy mala forma "Así se hará Señor Ministro" y se fue dando un inesperado portazo.

HOY

Tarqui se doctoró en matemática. Está en la Universidad de Edimburgo como especialista en teoría del caos; Ana y Beatriz siguen en sus cargos, a punto de jubilarse y sus respectivas bocas siguen cosidas; yo escribí una novela que tuvo suceso editorial y me retiré para escribir en forma full time; Nop sigue. Y con un "no se puede" mas rotundo que antes. Con otro Ministro, por supuesto.

Antes de irme, me di el gusto de enfurecerlo. El ordenanza necesitaba baldes, Hice el famoso Memorandum de Necesidad y Razonabilidad y recibí un lacónico "no se puede, no hay partida para eso". Me puse a leer el nomenclador de partidas e hice de nuevo el famoso Memorandum pero ahora, en lugar de pedir baldes como elemento de limpieza, pedi "recipientes troncónicos de PVC reforzados, con pico vertedor y manija, de veinte litros de capacidad para el laboratorio de procesamiento de imágenes. Impútese a partida material de laboratorio" °

Tuvo que comprarme los baldes.

¿Y SI PONES UNA PIZZERIA?

Primero fue un molino harinero, movido por energía hidráulica sacada de un desnivel de agua generado en el río cercano por un tajamar para eso construido.

La producción salía en barcasas que llevaban las bolsas hasta donde se podía hacer el transbordo a vagón de ferrocarril y, por ese medio, hasta la gran ciudad cercana en distancia pero lejana en polvorientos caminos de tierra en verano y espeso barro en invierno.

Algunas estancias le hacían compañía y sacaban su producción mediante arreos hasta la población más cercana con punta de rieles, desde donde la hacienda emprendía su viaje al matadero o a la exposición o venta, según el caso.

Todavía no había quintas de verdura ni tambos. Los escasos pobladores solían reunirse en casa de unos u otros, para intercambiar cuitas y tratar de mejorar de alguna manera la situación de lugar. Por supuesto la iluminación era con velas o faroles a queroseno que era necesario ir a buscar a más de veinte kilómetros de distancia. Las comunicaciones y noticias eran inexistentes y, salvo cuando alguien se arriesgaba a viajar a caballo o en sulky primero, y en tren después hasta la ciudad y regresaba lleno de novedades y encomiendas podía ser que un viejo diario vorazmente leído les diese alguna noticia de interés.

El pan se hacía una vez por semana, cuando alguien carneaba, todos los de la zona tenían su ración de carne fresca que a su vez retribuían de la misma forma cuando ellos sacrificaban un animal de su propiedad.

De vez en cuando, aparecía un turco con su carro trayendo su bagaje de ropa, utensilios de cocina, aceite, botines, jabón, colonias, cintas, etc.

La escuela estaba cerca del camino a la ciudad y había que llegar a ella como fuese. A caballo, en el sulky, en el carro o dejar a los chicos a dormir en las casas más cercanas hasta el sábado a mediodía en que se los iba a buscar.

Todos los días había que cortar leña para cocinar, para calefacción en invierno y para calentar agua para bañarse casi siempre.

Un lejano mecánico pocero se ocupaba de los molinos de viento y de las bombas rebeldes.

El dueño del molino, el mejor ubicado socialmente, que vivía regularmente en la ciudad se comprometió a interponer sus influencias para que el ansiado ferrocarril llegue a la comarca.

Un día, de vuelta en la misma, mandó a uno de sus peones a invitar a todos a la casa del molino, porque tenía algo importante que decirles.

Al atardecer fueron llegando con lógica ansiedad por la noticia prometida. Cuando todos estuvieron acomodados y el mate comenzó a dar su vuelta, el dueño del molino anunció con verdadera alegría que la empresa de ferrocarriles le había dicho que los rieles que llegaban a la ciudad se iban a extender hasta la otra frontera del país, y la comarca de ellos estaba en medio del trazado previsto.

Así nació la estación y alrededor de ella se instalaron, primero el almacén y despacho de bebidas, luego la panadería y el herrero, después el acopio y venta de forrajes y la carnicería. Con eso bastaba para atender las necesidades de los ferroviarios -la cuadrilla de vía y obras- el jefe de la nueva estación y su familia, el auxiliar y su familia y algunos otros que eligieron vivir cerca de la magia de los rieles aunque sus intereses estuviesen en tierras cercanas. Casi de inmediato la estructura productiva del lugar cambió. Ahora se podían tener tambos ya que el ferrocarril podía sacar la producción con el famoso tren lechero, que dejaba un vagón a la tardecita y se lo llevaba lleno de tambores de leche a la madrugada del día siguiente.

La Municipalidad abrió un camino de tierra entre la ruta y la nueva estación lo que permitió la llegada de algunos camiones hecho que de inmediato hizo florecer quintas de verdura para abastecer de lejana ciudad y con las quintas llegaron los quinteros y sus familias y todo junto fue provocando eso que suele llamarse desarrollo.

Por supuesto no había electricidad, ni teléfono ni agua corriente ni cloacas. Los telegramas se mandaban por la estación del ferrocarril y había que fijarse en la puerta cuyo cartel decía Jefe, porque los llegados desde donde sea se ponían a la vista de todo el mundo para que el destinatario los recogiese al verlos o algún vecino le avise que algo le había llegado.

En ese bucólico ámbito Raúl y su carnicería daban abasto para las necesidades de todos los habitantes del lugar y los pescadores y cazadores que los sábados y domingos llegaban en el primer tren de la mañana y se iban en el último de la tarde. Raúl compraba la res que iba a vender, la faenaba y desollaba en la parte de atrás de la carnicería y, a golpes de sierra manual la trozaba y luego armado de naife y cuchilla sacaba los usuales cortes. Debía calcular muy bien, sobre todo en verano, cuanto iba a vender porque la falta de energía eléctrica le impedía conservar los cortes más de un día porque de inmediato el olor a carne abombada espantaba a casi todos los clientes.

Por eso, se compró una heladera cuyo compresor el mecánico adaptó a un motor a kerosén que arrancaba cuando Raúl se arrojaba sobre un enorme volante de fundición y lo hacía girar cada vez más rápido hasta que una primera explosión indicaba que el engendro mecánico estaba entendiendo el mensaje y se disponía a arrancar. Una vez que arrancaba andaba horas y horas sin parar y enfriaba enfriaba enfriaba al mismo ritmo que Raúl abría y cerraba las puertas de su heladera. A la novecita el motor andaba un rato largo porque, a eso de las ocho de la noche la carnicería se cerraba hasta el día siguiente y el frío tenía que aguantar hasta el arranque de la mañana siguiente.

Luego de las ventas del día, cosa que ocurría a la mañana a eso de las diez y media y a la tarde a eso de las seis, seis y media, Raúl sacaba una silla tijera y se sentaba en la puerta de su negocio a charlar con quien por allí pasase, tomar una cerveza fría -para eso era el único con heladera en la zona- o simplemente esperar el paso de los trenes.

Había pocas exigencias en su vida. Levantarse, abrir el negocio, poner en marcha el motor, hacer las ventas de la mañana, observar los trenes y charlar hasta el mediodía, apagar el motor, cerrar, almorzar, dormir la siesta, cada tres días ensillar para ir a buscar una res, arrearla hasta la carnicería, matarla, desollarla, trozarla, venderla, guardarla en la heladera, prender el motor, observar los trenes, charlar, cerrar, cenar, dormir y de nuevo repetir el ciclo. Con eso bastaba y sobraba.

Con el tiempo y el mayor número de habitantes al lado de su carnicería se instaló una verdulería y junta a esta un nuevo almacén.

Este último no pudo competir con el primero instalado en el pueblo y rápidamente se fundió. Quedo el local vacío.

Una tarde que volvía de mi trabajo al ver a Raúl sentado en su silla tijera sin hacer nada, desmonté para comentar algunas noticias de la zona y, recordando algo que habíamos hablado con mi mujer días antes le dije "Che Raúl, tenéis un local vacío casi al lado. ¿Por qué no pones una pizzería? Sería la primera del lugar y seguro que conociéndote todo el mundo como te conoce, no te puede ir mal"

Un profundo silencio siguió a mis palabras. Reflexionó un rato bastante largo, que respeté porque es un muy buen tipo.

Abrió la boca para decir "¿Y si tengo muchos pedidos?"

EL PRIMER VIOLIN

La universidad no marchaba como debía. En un lapso relativamente breve para la vida de las instituciones, dos décadas digamos, había pasado de ser reducto exclusivo de las clases más acomodadas del país, con prestigiosas y consolidadas casas en las principales ciudades del extenso territorio a ser una institución abierta a todo el mundo, con localizaciones en prácticamente cada una de las ciudades importantes.

Médicos, abogados, ingenieros, economistas salían muy bien preparados de aquella universidad y podían aspirar a dedicarse en forma independiente a su respectiva profesión. El bachillerato era obvio que preparaba para esa universidad. Ahora era distinto, el país había atravesado profundas crisis, había oscilado de izquierda a derecha, tuvo gobiernos elegidos por votación y otros autodesignados por la fuerza, la incontrolable inflación había deshecho ahorros y moral de los habitantes, la producción había caído a límites insostenibles y entonces esa nueva universidad se presentaba como opción para una juventud que no creía demasiado en la cultura del esfuerzo ni tampoco tenía oportunidades de trabajo.

Las más viejas hacían gala de sus pergaminos y miraban desde una altura en la que ellas mismas se habían puesto a las más nuevas. Estas últimas hacían esfuerzos para consolidarse y abrían su oferta a nuevas y atractivas alternativas generalmente relacionadas con el devenir de la sociedad y sus principales problemas.

Así el mundo universitario se desniveló y entonces iguales jerarquías docentes llegaron a no significar lo mismo. Todo dependía del lugar, de la facultad, del departamento de la cátedra y así sucesivamente según la espiral descendente de alguna orgánica o de algún estatuto.

Por supuesto, las más rancias seguían atesorando entre su personal a distinguidos investigadores científicos y se llenaban la boca en cuanto oportunidad fuese posible sobre sus realizaciones para el progreso de la ciencia.

En realidad, los investigadores hacían rano que habían perdido el sentido de pertenencia a la universidad. El sistema pendular que imperó en la misma los había llevado a abroquelarse en el Colegiado Nacional de Investigadores Científicos (CNIC) lugar desde donde se apropiaron de la ciencia y mucho más importante aún, se apropiaron de la parte del león que en forma de créditos el estado vuelca a la investigación.

Por supuesto, aprendieron a investigar aquello que se les daba la gana investigar, cosa que generalmente ocurría según rumbos que se apartaban de las necesidades locales. Como nadie los tenía demasiado claros, el problema parecía inofensivo. Pero no lo era ni lo es en absoluto. Además, es caro.

Pronto, desde su reducto lograron o por interés externo les fue acordada, relevancia internacional. Una vez que se pisa esa alfombra, sencillamente no se puede volver atrás. Para mantenerse sobre ella hace falta seguir el camino que ella marca y el que ella marca es el de los intereses de quienes la pusieron.

Así alegremente se volcaron a investigar temas de la pomposamente llamada frontera del conocimiento y, es más, lo hicieron muy bien. Tanto, que los dueños de la alfombra siguieron adulando su ego mediante aportes, invitaciones a congresos, ofrecimientos de estancias, viajes, equipamiento, etc.

Están convencidos o por interés se hacen los que están convencidos, que los conocimientos son patrimonio de la humanidad, razón por la cual el único medio que conocen para mostrar al

mundo la importancia de su tarea, es escribirla en documentos llamados "papers" que importantes revistas externas publican.

Avezados buscadores de soluciones leen detenidamente esos papers y cada vez que pueden resuelven algo o imaginan una nueva aplicación o innovación que rápidamente llega a su propio sector productivo. De esta forma importantes conocimientos emigran gratis hacia otras latitudes, mientras los problemas locales siguen sin solución. Claro, los problemas locales no tienen el nivel necesario para justificar meter manos en ellos. Es más, hacerlo podría ser un desprestigio y tal vez, un tropezón en la alfombra roja tan bien puesta por los interesados en que la recorran.

Todos ellos son una especie de turistas en la universidad. Están en ella pero sus pautas vienen del CNIC y, claro, sus cuantiosos fondos también vienen de allí, generando injustas desigualdades con quienes no pertenecen al áulico círculo que ellos y sus pares han sabido conformar.

Entonces se llegó a un sistema universitario donde conviven viejas y prestigiosas casas de estudio con otras nuevas y deseosas de acceder a su propio prestigio. Cuadros docentes dispares, investigadores alojados en algunas e inexistentes en otras, mudanzas y profesores viajeros generando algo bastante parecido a un desorden de aquellos que es muy difícil corregir.

Por supuesto los siempre engolados funcionarios de la educación vieron este problema y, como alguno de ellos había leído a Ortega y Gasset y, cosa rara, sabía que no se trataba de socios en algún emprendimiento comercial, tenía idea que la universidad debe "buscar la verdad" o sea, debe investigar o crear artísticamente.

Y como esa desordenada universidad no investiga ni crea arte, la solución parece muy simple: hay que poner una zanahoria para que se investigue y se cree arte. ¿Y qué zanahoria es de la mejor clase para una profesión en la que, desde que Galileo enseñaba en la Universidad de Pisa, el sueldo es insuficiente?

¡Claro!. Plata, dinero, moneda o el nombre que quiera dársele. Esa es la mejor zanahoria del mundo. Con esas dos ideas el funcionario de marras inventó el denominado Proyecto Universitario para la Promoción de Objetivos (PUPO) y consiguió una importante suma de dinero para el mismo.

Logrado el PUPO había que ponerlo en marcha. Para eso se contrataron expertos de un organismo internacional que aconsejó, luego de seis meses de concienzudos estudios, dar alcance nacional al PUPO y corregir en la medida de lo posible el desorden de la universidad mediante una homogeneización de los cuadros docentes. Lograda esta homogeneización, una suma de dinero a cada uno de ellos sería un poderoso motor para que investigara en la universidad. Antes de cobrar, los expertos también aconsejaron una apertura orgánica específica para atender al PUPO.

El PUPO prometía.

Rápidamente se montó la estructura, bajo la denominación Coordinación del PUPO, y se planteó la necesidad de aquella homogeneización.

Cegada por la importancia que se dan los miembros del CNIC, ayudados por los reflejos de la alfombra, la Coordinación del PUPO consultó a sus principales exponentes. Un inesperado brillo iluminó sus ojos cuando hicieron las primeras cuentas. ¡Esto es para nosotros! ¿¡Cómo vamos a permitir que alguien que recién empieza y todavía no comulga con nosotros nos haga perder esos dinerillos!? ¿Acaso alguien puede investigar mejor que nosotros? ¿Qué es eso que algunos llaman tecnología? Esos bastardean a la ciencia.

Lo más rápidamente posible elaboraron un método para ver los méritos de cada uno y decidir en consecuencia. Cosa extraña, los conceptos mejor ponderados fueron aquellos que mejor coincidían con su trabajo de todos los días, en particular con los que les permitían transitar la alfombra roja.

Los pobres cristianos que no la pisaban -ni la pisarían jamás- y los creadores de verdaderas obras de arte quedaron excluidos, como dicen los abogados "in limine" es decir de entrada y sin que sea necesario revisar su caso. Sencillamente, ¡afuera!, esto no es para ustedes.

Hubo un colmo. Como en el PUPO entraban, por lo menos en teoría, los artistas, el primer violín de la Orquesta de la República pidió ser considerado en el mismo.

Dos astrónomos y un biólogo le devolvieron la solicitud con la leyenda "Excluido del PUPO porque no presenta papers con referato en revistas internacionales"